

La cocina buena de mi madre, en la calle Ancha, está ocupada con trastos y solo tiene, que recuerden la vida de mi infancia, las

pre veo la cocina como estaba cuando hacíamos la vida en ella, con su media puerta de aldabilla por fuera y la de hoja entera por dentro, con la hermosa banca, el gran baleo de pleita firme, hecho por mi padre, las sillas entrañablemente nuestras, la tinaja del agua, con su paño blanco, nítido y la tapa fregada con polvos, la jarrera, la almirecera, el quinqué dorado, los pernils y brazuelos dados de pimentón y separados de la pared por unos manojillos de sarmentos, el fuego bajo y las alacenas llenas de «vedriao».

El rulo de la vida ha ido pulverizándolo todo y solo de tarde en tarde se encuentra uno con algo disperso que le recuerde la infancia grata: el badil de la lumbré, la silla con asiento de sogueo hecho en días de temporal y tal cual cacharro, que por usarse poco, vive milagrosamente, como la taza rameada, de loza fina, en que nos llevaba mi madre a la cama, enfriándolo desde la lumbré, el caldo, «tan rico», la azúcar tostada o la flor de malva.

El observador toma muy en cuenta todo lo que le rodea y se hace mil consideraciones con ello, durante las cuales suele olvidar lo esencial del asunto, que es considerarse a sí mismo. Ve el cambio en todo, lo lamenta o celebra y obsesionado con la vida y sus mudanzas, no cae en la cuenta de que el cachivache más antiguo, en el que más arrugas dejó el tiempo y más solo, deteriorado y arrinconado está, es él.

Felizmente, el hombre está dotado de imaginación que propende a la captación externa y lo libra de muchas amarguras, inclinándole a creer lo que no podrá pasarle jamás, hasta cuando ya le ha sucedido cuanto podía sucederle.

Cachivaches ~ antiguos ~

bovedillas y las alacenas vacías, hechas a la manera que ahora se dice «armarios empotrados».

Sin embargo, yo siem-



Dos recuerdos ahora que brindo a la mocedad de hace cincuenta años como estímulo de su memoria, para sacar otros a relucir: la borrica de «Senén» y la mula de «Pinago». Esta seca, con pelos de miseria, las orejas colgando, tirando del carro del vedriao sin poder moverse, no puedo recordar cómo se llama-

Animales conocidos

la mula de «Pinago». Esta seca, con pelos de miseria, las orejas colgando, tirando del carro del vedriao sin poder moverse, no puedo recordar cómo se llama-

ba. La borrica, con condiciones parecidas a las de la mula, tenía un nombre sonoro, que «Senén» pronunciaba ásperamente, pinchándole con el paño en el ijar: se llamaba **Condená**, según ha tenido la amabilidad de recordarme un reverendísimo pater, alcazareño neto, que la vió muchas veces, como oyó éstas.



Se apeó un viajero de la diana y se dirigió a la Sira, que estaba en la pueramente la cabeza, y, mirándole, como adormilada, le dijo: «Oiga Vd. ¿Somos parientes?» El hombre, dió un respingo y cruzó al Paseo, encontrándose en la acera de Cristóbal con Bernardo Nanaeque, que iba al muelle, y repitió la pregunta sobre la fonda. Bernardo, cogió su tremenda carrerilla: «Que, que, que, que...»

Fatalidades

ta de la taberna, preguntándole por la fonda de Orsini.

El hombre soltó una interjección y se fué calle abajo, diciendo: «en este pueblo, todos son tontos».



«¿Dónde venden carne?» preguntó otro.

— «Vaya Vd. por allí y en la esquina vive el «Galgo», y si no tiene, orilla está el tío «Perro», que tendrá».

El hombre se quedó parado. ¡Cómo estará la carne, entre perros y galgos, para comprarla!